



---

**RECENSIONES**

---

Dimas VAQUERO, *Mussolini & España, Franco & Mussolini. Unas relaciones difíciles*, Zaragoza, Comuniter, 2017, 635 páginas, por **Carlos M. Rodríguez López-Brea** (Universidad Carlos III, Madrid), [cmrodrig@hum.uc3m.es](mailto:cmrodrig@hum.uc3m.es)

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2019.4537>

---

Dimas Vaquero no es precisamente un neófito en el estudio de la presencia italiana durante la Guerra Civil Española. Es autor de dos reseñables estudios sobre la cuestión, *Credere, Obbedire, Combattere, fascistas italianos en la guerra civil española* (Zaragoza, Mira Editores, 2007) y *Aragón con camisa negra: las huellas de Mussolini* (Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses, 2011), ambos centrados en el Corpo Truppe Volontarie, las fuerzas de combate enviadas por el Duce a la guerra peninsular. En este segundo, en concreto, Vaquero se sirvió de la historia oral para reunir interesantes testimonios sobre la huella italiana en Aragón.

El libro que ahora comentamos, *Mussolini & España, Franco & Mussolini* (con “&” y no “y”) es una obra más ambiciosa en sus objetivos, en tanto que pretende servir de balance de las ya numerosas aportaciones que la historiografía ha venido haciendo en las últimas décadas, y al tiempo, sumar alguna aportación propia a partir de la investigación en diversos archivos italianos y españoles.

Esta referencia a fuentes primarias, a veces inéditas, es donde el estudio resulta más alentador. Dimas Vaquero ha consultado seis archivos romanos, cuatro de ellos de titularidad militar que en algún caso no era demasiado conocido por la historiografía al uso, como sucede con el Archivo del Commissariato Generale Onoranze Caduti in Guerra. Siempre es importante dar a conocer nuevas fuentes que enriquezcan las líneas de interpretación ya conocidas.

El libro, de más de 600 páginas, contiene nueve grandes capítulos, a los que habría que añadir los apartados de introducción, conclusiones y bibliografía-fuentes. Cada capítulo consta de varios subcapítulos de tamaño muy desigual, que por lo general se atienen a un orden lineal y estrictamente cronológico, y que abarcan desde

la aparición del fascismo en Italia en 1919 hasta su definitiva caída en su país de origen en 1945, si bien aproximadamente un 65% del contenido se centra en el período de la Guerra Civil española.

En algunas ocasiones la lectura se quiebra con subcapítulos singulares que detallan una anécdota o se centran en un personaje peculiar, como el fantasmagórico conde Rossi o el también inclasificable Ramón Franco; se agradecen por ser episodios más livianos, aunque rompen el orden aplicado al texto en el resto del libro y dificultan a veces la comprensión. Ciertamente podrían eliminarse o sintetizarse no menos de 150-200 en los que el autor abre tramas paralelas o se pierde en contextos muy generales, de obligado dominio para cualquier especialista de una obra que no se presenta como divulgativa, sino de investigación.

Aun sin capacidad de síntesis, quizá sean las páginas dedicadas a la historia estrictamente militar las más sobresalientes del libro. El lector más devoto de cuestiones castrenses hallará una larga relación de armas, aviones, tanques y material bélico, así como el relato y la interpretación de las principales batallas en las que se vieron envueltos los italianos; interpretación que, ya anticipamos, no son nada generosas con los legionarios enviados por Mussolini.

Junto al apartado militar, también resulta de interés todo lo relativo a las relaciones comerciales entre la España de Franco y la Italia fascista, así como las peripecias en torno al pago de la deuda de guerra por parte de Madrid. Todo lo demás, pese a su desmesurada extensión, tiene regusto de cosa bien conocida, y si de interpretar los hechos se trata, al autor –sin pretenderlo– nos evoca varias veces los tiempos anteriores a John Coverdale.

Si su idea era publicar un estudio fresco y nuevo, es evidente que este *Mussolini & España, Franco & Mussolini*, presenta graves carencias. No aporta demasiado respecto a las obras esenciales de John Coverdale, Javier Tusell, Ismael Saz o Morten Heiberg, ni tampoco se acerca a la solidez argumental de la más reciente aportación de Javier Rodrigo, *La guerra fascista. Italia en la Guerra civil española, 1936-1939* (Madrid, Alianza, 2016).

El autor se ofusca en su visión tópica y casi caricaturesca de los italianos – prepotentes al tiempo que galanes con las mujeres–, de la que Mussolini es su

esencia, fanfarrón e inútil a juicio de Dimas Vaquero. Entre tanto calificativo, el libro no termina de decidir si los italianos vinieron aquí a crear un gobierno enteramente fascista –tesis de Javier Rodrigo– o si se conformaban con apuntalar a un aliado geoestratégico –tesis de Tusell–, o una u otra cosa en función de las circunstancias, algo no descartable si se considera la errática política exterior del Duce.

Es Mussolini, sin duda, quien recibe los peores calificativos, juzgado como “deshonesto” y “poco limpio” (pág. 141), unas palabras que jamás recibe el dictador español. El Duce es el claro perdedor en su amistoso reto con Franco, que en todo momento le superó en astucia e inteligencia. Gracias a esas cualidades, el español “se reafirmó” e incluso “maniató” a su “amigo” italiano; hasta Roatta advirtió la superioridad de Franco, pues al parecer los mejores éxitos del general italiano llegaron por hacer caso al Caudillo, pasando por alto las órdenes de Mussolini. A pesar de sus diferencias y piques, ambos dictadores fueron “amigos”, incluso “grandes amigos” –y eso que solo se encontraron una vez, sin demasiadas muestras de afecto–, cuyos altibajos se explican por las tensiones lógicas en todo “noviazgo” (sic).

Los italianos resultan por todo ello claros perdedores de la guerra de España. Según Vaquero, “casi nunca cumplieron la función de una fuerza de choque en acciones decisivas, y cuando lo hicieron, Guadalajara, salieron derrotados y desprestigiados” (pág. 167). Si desde Guadalajara Franco se hizo con las riendas y marginó a los legionarios del CTV, no se entiende muy bien cómo es que Gambara entró en 1939 en Barcelona compartiendo coche y plano con el mismísimo Caudillo, “de igual a igual”. Claro está que esta circunstancia anecdótica –en un libro que valora tanto las anécdotas– pasa del todo desapercibida. Nos preguntamos hasta qué punto los historiadores no somos deudores de viejas propagandas.

Inciendo en este punto, sorprende que siendo Franco amo y señor de la guerra desde 1937 los italianos –más crueles y despiadados que los españoles, según su versión– pudieran seguir bombardeando posiciones civiles sin permiso del flamante Caudillo. Por usar las palabras del autor, “[los legionarios] sin consultar a Franco inician los duros y violentos bombardeos sobre la ciudad catalana bajo las órdenes directas de Italia” (pág. 392).

Si Franco superó a su supuesto amigo en guerra, también lo hizo en posguerra (española). Mussolini, de hecho, fue “engañado” por el astuto español en 1939, 1940 e incluso 1941, que le habría asegurado que España se sumaría al Eje. En palabras de Vaquero, “Franco supo siempre cómo llevar y tratar a su amigo el Duce”. O por volver a la Guerra Civil, se concluye que el de Ferrol manejó las tropas italianas “a su capricho” e “impuso su criterio cuando le vino bien y siempre que lo consideró oportuno” (pág. 546). Por no salirnos de las palabras textuales: el “orgullo nacional” se impuso al “orgullo fascista”.

Siendo así, no se comprende muy bien el sentido de esta frase, escrita casi a contracorriente del razonamiento principal: “Gracias a estas ayudas [las económicas de Italia], Franco consiguió su objetivo, pero Mussolini también el suyo, hacer de España un país satélite para las ambiciones mediterráneas” (pág. 413). Para terminar siendo un simple “empleado” de Franco, no es poco bagaje el del Duce.

Estamos así ante el verdadero problema de este libro. Su inconsistencia teórica, que ni siquiera puede enterrar toneladas de datos y cifras. Otra prueba más: no parece muy ortodoxo, a estas alturas, definir como “no beligerante” la posición de España durante toda la conflagración mundial. Títulos equívocos como: “Franco junto a Mussolini: de la no beligerancia a la beligerancia activa” tampoco ayudan a aclarar las cosas.

En lo formal, el libro utiliza un lenguaje rayano a lo coloquial (“chaqueteros”, “estómagos agradecidos”, etc.), y denomina a la de Franco como la España nacional sin comillas ni apostillas. Aparte de eso, un libro tan cargado de nombres y conceptos exigiría, a nuestro juicio, sendos índices onomásticos y temáticos.

Me quedaría con una frase, ésta sí muy acertada: tras la muerte de su “amigo” –por cuya suerte no se entristeció en absoluto– Franco “empezaba a sufrir una amnesia traidora con todo lo que Mussolini había hecho por él” (p. 550). *Allegro ma non troppo*.